

El Partido Republicano y los obreros

MUCHO me complace, después de largos años de ausencia, dirigirme a los obreros de mi suelo natal por medio de una hoja tan noble y tan honrada como ésta.

Deseo que mi lenguaje, desnudo de figuras retóricas, que en muchas ocasiones sólo sirven para encubrir la falta de honradez, vayan calientes y sinceras al corazón del pueblo trabajador.

Hace muchos años que hablo el mismo lenguaje. Es el verbo encendido de la democracia; el lenguaje divino de los hombres del 93; el acento viril de los patriotas hispanoamericanos, que aún vibra con estridores de tormenta en las pétreas gargantas de los Andes.

He vivido en la España de Salmerón y Ruiz Zorrilla, en los Estados Unidos de Adams y Bryan y en el México de Madero. Estreché la mano de ese viejo luchador que se llama Pablo Iglesias, y puse una lápida de mármol y de bronce sobre los restos del magnánimo libertador azteca. Se me ha visto en las fábricas y en los talleres; he amado a Tolstoy y a Gorki, y entre los campesinos de la vieja Europa y de la joven América me he sentado a compartir su pan moreno, pan de libertad y de justicia.

Soy, pues, el amigo, el compañero, el hermano, de los oscuros hijos del trabajo. Su causa, es la mía. Quiero que me reconozcan como uno de los suyos, porque mi pluma es un instrumento de labranza; abre el surco en el que las semillas de libertad han de germinar. Soy, pues, un labriego; labro como escritor y escribo co-

mo labrador", a la manera del inolvidable Verdaguier.

La causa de los humildes es causa santa. Jesús, llamado el Cristo, predicó estas doctrinas en Galilea; se le prendió por trastornador del orden público, y se le condenó a perecer en la cruz.

Esto lo hicieron los fariseos y los príncipes de los sacerdotes, porque Jesús, como los Gracos, amaba al pueblo, y ellos temían por sus bolsas enriquecidas con los despojos de las viudas y de los huérfanos.

Hoy, como ayer, sostengo la hermosa enseña republicana. Mis manos de niño la levantaron del fango, cuando los endiosados caudillos del Partido la dejaron caer para empuñar el estandarte blanco que el Presidente Iglesias les brindaba desde una de las ventanas de la casa Presidencial, y mis manos de hombre sabrán mantenerla enhiesta, y sobre todo, sin mancilla, porque para un luchador, una sola mancha basta a infamar por completo un pabellón.

Yo no comprendo la República sin la democracia. Repúblicas aristocráticas como la Esparta de Licurgo o la Francia de Fallières, son incomprensibles. La democracia es el pedestal de la República. La República sin la democracia es como una perla saltada de su engaste.

Para la clase obrera de Costa Rica, el Partido Republicano es un paso más en el sentido de sus muy justas reivindicaciones. Es la vieja agrupación monterista aleccionada y engrandecida por la desgracia.

El triunfo de esta agrupación, sería un golpe mortal para el pequeño círculo de endiosados que el sarcasmo popular bautizó con el gráfico mote de OLÍMPICOS.

Gentes modestas; pero de corazón resplandeciente y puro; ciudadanos de honrada aunque humilde cuna, ocuparían puestos públicos de importancia y la herencia del pueblo, volvería al pueblo. No es esto del agrado de los dioses, semidioses y demás divinidades inferiores, que han visto el Poder como su propio y exclusivo patrimonio. Mas es preciso que una gran parte del pueblo costarricense, que hasta la fecha se ha visto desposeída de sus derechos y a la cual se le ha negado ingerencia en los negocios públicos, al fin venga a participar, no del banquete oficial, que no hace falta a quienes han sabido vivir siempre de su propio trabajo, sino del alto honor de administrar el país con elementos extraídos de la gran masa popular, como se extraen de la cantera los bloques de mármol de donde han de surgir bajo el cincel del artista las estatuas de los héroes y de los dioses verdaderos.

La clase obrera en peso, sin excepciones que la desdoren, debe estar con el Partido que mejor representa sus grandes ideales. Obrar de otra manera, sería hacer traición a sus propios intereses y manchar con una nota de infamia las páginas de su historia, escritas con sangre y lágrimas en las santas jornadas del trabajo.

PASCUAL

Las Repúblicas

El pueblo que tiene el poder soberano debe hacer por sí mismo todo lo que pueda hacer bien: lo demás lo hará por medio de delegados.

El pueblo en las democracias, y Costa Rica es una democracia, ejerce el poder soberano. La voluntad de este soberano se ejerce por el sufragio.

El pueblo es sumamente apto para elegir las personas a quienes debe confiar la autoridad delegada.

Los atenienses y los romanos hicieron siempre admirables elecciones.

La ley que establece la manera de dar los votos es también fundamental en la democracia.

Es cuestión magna decidir si el voto debe ser público o secreto. Cicerón dice que una de las causas principales de la caída de la república Romana fué el secreto del sufragio prescrito por las leyes dictadas en los últimos tiem-

pos. Cuando el pueblo sufraga, el voto debe ser público.

El pueblo suele obrar por pasión. La desgracia en una república es que se entronicen en ella los amaños: esto acontece cuando se ha corrompido al pueblo a fuerza de dinero: cesa entonces de apasionarse, de interesarse por las cosas públicas, y se aficiona a las dádivas y no a los negocios: espera de los amos o de los tiranos el salario.

No hace falta mucha probidad para que un gobierno monárquico o uno despótico se conserve o se sostenga. En los estados populares se necesita la virtud.

Cuando Sila quiso volver la libertad a Roma, ésta no pudo recibirla; no le quedaba ya más que un débil resto de virtud.

Los políticos griegos que vivían bajo el gobierno popular no reconocían otra fuerza capaz de sostenerlo sino la de la virtud.

Cuando cesa la virtud, la ambición entra en los corazones que

pueden recibirla, y la avaricia en todos.

¿Cómo hubiera podido sostenerse Cartago? Cuando Aníbal nombrado Pretor, quiso impedir que los magistrados saqueasen la República ¿no fueron a acusarle ante los romanos? ¡Desdichados, que querían ser ciudadanos sin que hubiese ciudad y recibir sus riquezas de manos de sus destructores!

Leed al gran Montesquieu y aprenderéis qué es República y cómo se conserva.

Opinión

Nuestra actitud en la actual Campaña política de Costa Rica: En el terreno de las ideas, podemos estar absolutamente solos. No, creemos en la bondad del sistema republicano, no creemos en la eficacia del voto y detestamos de todo corazón el parlamentarismo. En el terreno de los hechos, no somos revolucionarios. Aca-

tamos la voluntad de la mayoría en la pequeña sociedad en que vivimos, y vivimos en ella porque no nos parece compuesta de malvados. Sin forjarnos ilusiones de ninguna especie, iremos —ahora como siempre— en contra de toda imposición de gobierno o de clase, sin proceder por propia cuenta al examen de personalidades, todas más o menos antipáticas, estaremos en la plaza con la mayoría anónima de los que sufren y producen.

Eliás Jiménez Rojas

(De "Renovación")

La libertad

La investigación de lo que es la libertad individual y de sus manifestaciones exige establecer antes la cuestión del libre albedrío, que ha sido muy discutido. El Derecho y la Sociología necesitan la cuestión resuelta para establecer la responsabilidad penal y las garantías individuales.

El fondo de las tragedias admirables de Esquilo fué el Destino: héroes y dioses representan la lucha de los principios morales y caen irremediablemente bajo sus disposiciones inmutables. La Biblia, libro sagrado cuya influencia en el mundo es trascendental y amplia, tiene escrito que no se mueve la hoja de un árbol sin la voluntad divina. Y el determinismo moderno toca con las ideas anteriores. En la antigüedad la filosofía socrática asestó tremendo golpe al fatalismo, inculcando ideas contrarias: que la sabiduría es madre de la felicidad, que el hombre puede hacer su destino si es poseedor de la ciencia. ¡Y es verdad tan elevada concepción desde el punto de vista social porque los hombres de hoy se afanan forjando llaves de sabiduría, de previsión, para que la humanidad futura penetre en el alcázar de la dicha!

El libre albedrío es la facultad que tenemos para escoger: nace del entendimiento y la voluntad: la razón o la inteligencia nos da el discernimiento, la voluntad nos inclina a escoger esto en vez de lo otro. De hecho está admitido el libre albedrío en la vida práctica. Por ejemplo, en el Código Penal se lee:

"Toda comisión ú omisión voluntaria es penada por la ley. Las comisiones ú omisiones se reputan voluntarias mientras no se pruebe lo contrario."

El hombre manifiesta su vida como un ser consciente y activo. Paralizar su conciencia y su actividad exterior (la conciencia es actividad interior) es matarlo. Para conservarle la vida y una vida fecunda en bienes personales y sociales se limitará lo menos posible su actividad: he allí el origen de la libertad individual. Pero el hombre es eminentemente social: no sólo procede de una pareja, sino que necesita de ella; y luego su vida discurre acpiando servicios a los demás y ofreciéndolos para completar su existencia. Sobre todo, hoy, no se puede concebir—ni con la imaginación—cómo podría pasar uno de nosotros sin el concurso de los otros hombres, porque no poseemos alimento, medicina, lecho, etc., que no haya exigido para existir la actividad de muchísimos de nuestros semejantes. Y como ser eminentemente social despliega el hombre sus actividades en la sociedad extralimitándose

El Almacén de Muebles de Fernando Hernández

Se ha trasladado 100 varas al Norte de su antiguo local, o 100 varas al Sur del kiosko de Morazán, o 100 varas al Este de "La Información"; donde atenderá su clientela.